

La voz del jabalí se asemeja en un todo á la del cerdo doméstico: al andar tranquilamente deja oír un gruñido que indica su satisfacción.

Cuando padecen las jabalinas y jabatos lanzan gritos de dolor; el macho, por el contrario, guarda silencio por grave que sea su herida. Su voz, mas sorda que la de la hembra, consiste en un mugido, y se oye sobre todo cuando el animal reconoce un peligro.

La estación del celo comienza á fines de noviembre y dura de cuatro á cinco semanas, ó acaso seis. Las jabalinas que durante este período paren dos veces al año proceden sin duda de los cerdos domésticos que han recobrado su libertad; las que son realmente de origen salvaje no entran en celo sino una vez al año; las jóvenes pueden reproducirse á los diez y ocho ó diez y nueve meses. Al acercarse dicha época se reúnen los solitarios con las manadas, ahuyentan á los machos menos fuertes y corren con las jabalinas. Los machos de igual

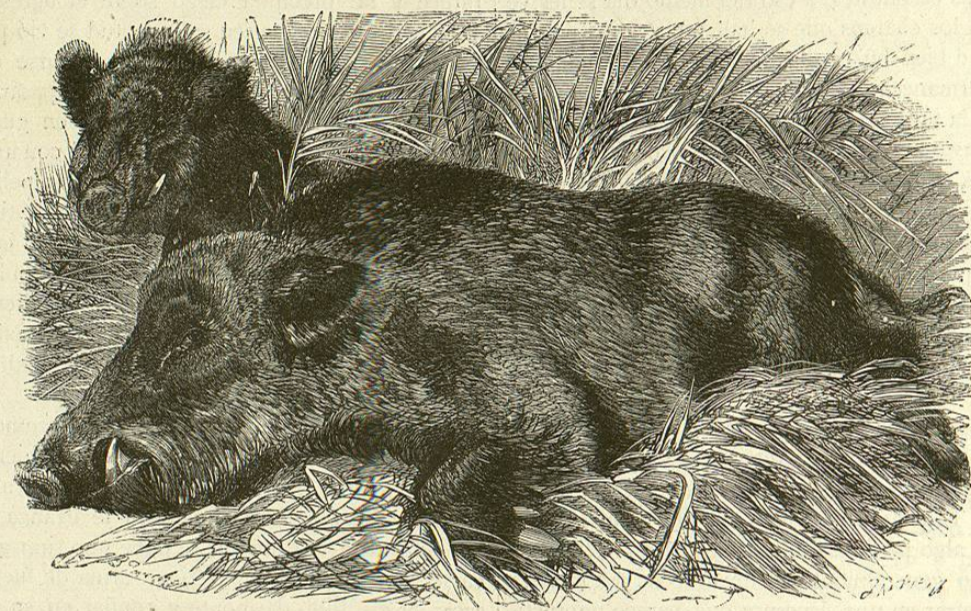


Fig. 295.—EL JABALÍ COMUN

to, que se verifica muy torpemente, la jabalina sufre singulares pruebas de ternura, pues el macho, dominado por el exceso del deleite, muérdela con tal fuerza en el cuello, que es preciso que la hembra sea en extremo insensible ó se deje dominar demasiado por el placer, para soportar sin enojo semejante proceder.

A las diez y ocho ó veinte semanas del apareamiento, la jabalina joven pare de cuatro á seis hijuelos y la vieja de once á doce. De antemano prepara en alguna solitaria espesura un lecho cubierto de musgo, hojas y tallos de pinabeto; allí permanece echada durante quince días con su prole, sin abandonarla mas que el tiempo necesario para comer. Bien pronto se la lleva consigo, y á menudo se encuentran varias jabalinas, que velan juntas sobre su prole; si una de ellas llega á morir, las demás se encargan de cuidar á los huérfanos.

Una manada de jabatos pequeños es curiosa de ver, porque son animales muy graciosos; su pelaje, manchado y bonito, y su gentileza y vivacidad contrastan singularmente con la pereza y pesadez de los padres. Las jabalinas marchan delante con mucha gravedad; detrás de ellas corren los pequeños chillando, gruñendo y dispersándose; luego se reúnen, deteniéndose para dar alguna pesada voltereta, ó rodean á su madre, obligándola á pararse para mamar. Esto dura toda la noche; por el día no puede apenas permanecer tranquila en

vigor empuñan luchas tenaces y encarnizadas, pero rara vez se descargan golpes mortales; los reciben por lo regular en los colmillos ó en el vientre, y cuando los dos adversarios son de igual fuerza y queda indecisa la victoria, acaban por tolerarse uno á otro.

«Abandonados y tristes, dice Dietrich de Winckell, los machos expulsados vagan durante la época del celo por los contornos, reuniéndose en manadas poco numerosas; de grado ó por fuerza han de sofocar sus deseos amorosos, hasta que los favorecidos han satisfecho los suyos y se retiran á la soledad; pero aun queda alguna que otra hembra para que se la disputen los machos jóvenes mas valerosos.» Muy extrañas son las caricias con que el jabalí amoroso conquista á la hembra: golpéala continuamente con sus colmillos en todas las partes del cuerpo y muchas veces de una manera bastante brusca; pero la hembra resiste poco, acogiendo favorablemente tan rudas caricias. Aun durante el mismo apareamien-

to, que se verifica muy torpemente, la jabalina sufre singulares pruebas de ternura, pues el macho, dominado por el exceso del deleite, muérdela con tal fuerza en el cuello, que es preciso que la hembra sea en extremo insensible ó se deje dominar demasiado por el placer, para soportar sin enojo semejante proceder.

«Nada, dice Dietrich de Winckell, excede al valor y osadía con que la jabalina defiende á sus pequeños ó á los que adoptó; al primer chillido de un jabato, llega presurosa sin detenerse ante el peligro, y acomete al agresor, quien quiera que sea. Un hombre que se paseaba á caballo, encontró unos jabatos de poca edad y quiso llevarse uno, mas apenas hubo lanzado un gemido, llegó la madre corriendo, persiguió al raptor, lanzóse sobre el caballo y trató de morderle el pié. Para salir del paso, dejó el hombre caer el animal, y habiéndole cogido la jabalina con la boca cuidadosamente, fué á reunirse con su familia.»

A los diez y ocho ó diez y nueve meses el jabalí es propio para reproducirse y á los seis años completamente adulto; calculase en veinte ó treinta años la edad á que puede llegar uno de estos animales: el cerdo doméstico no vive tanto, pues la cautividad y la falta de un alimento conveniente abrevian mucho su existencia. Los jabalies no están expuestos á muchas enfermedades: los frios excesivos y una espesa nieve, que les impida encontrar de comer al cubrirse la tierra de una compacta capa de hielo, ocasionan la muerte de muchos, por las heridas que se hacen en las patas.

En nuestros países son enemigos de este animal el lobo, el lince y hasta el zorro, que se aventura á veces á llevarse

un pequeño jabato: en el sur son á menudo víctimas de los grandes felinos.

CAZA.—El hombre es, no obstante, el mas temible adversario de este paquidermo. En todo tiempo se consideró la caza del jabalí como una noble diversion, y aun hoy dia expone el hombre la vida en ella algunas veces.

A decir verdad, esta cacería no es ahora mas que una diversion; no es ya una lucha contra un animal furioso y temible. Los grandes personajes no pueden exponer con tanta indiferencia como en otro tiempo la vida de sus vasallos; se sitúan en lugar seguro para tirar contra la pieza que se levanta, y dejan generalmente todos los peligros para los monteros y ojeadores. Ya no es cuestion de una lucha caballe-

resca entre el cazador y el animal; lo mas que puede suceder ahora es que mueran ó queden heridos varios perros ó algun infeliz campesino. Cuando la ballesta y el chuzo eran las únicas armas empleadas en la caza del jabalí, no sucedía lo mismo: consistía el chuzo en una pica, de hoja ancha, con dos cortes y provista de un gancho; poníase el cazador con esta arma delante del animal, y apoyándola contra el cuerpo fuertemente, con una mano, le daba la direccion necesaria con la otra. El jabalí, que llegaba con una violencia furibunda, quedaba clavado en el arma, y se procuraba dirigir esta de tal modo que hiriese al animal por encima del esternon y le atravesara el corazon. Para los jabalies de mediana talla, empleábase el cuchillo de caza; firme el hombre sobre su

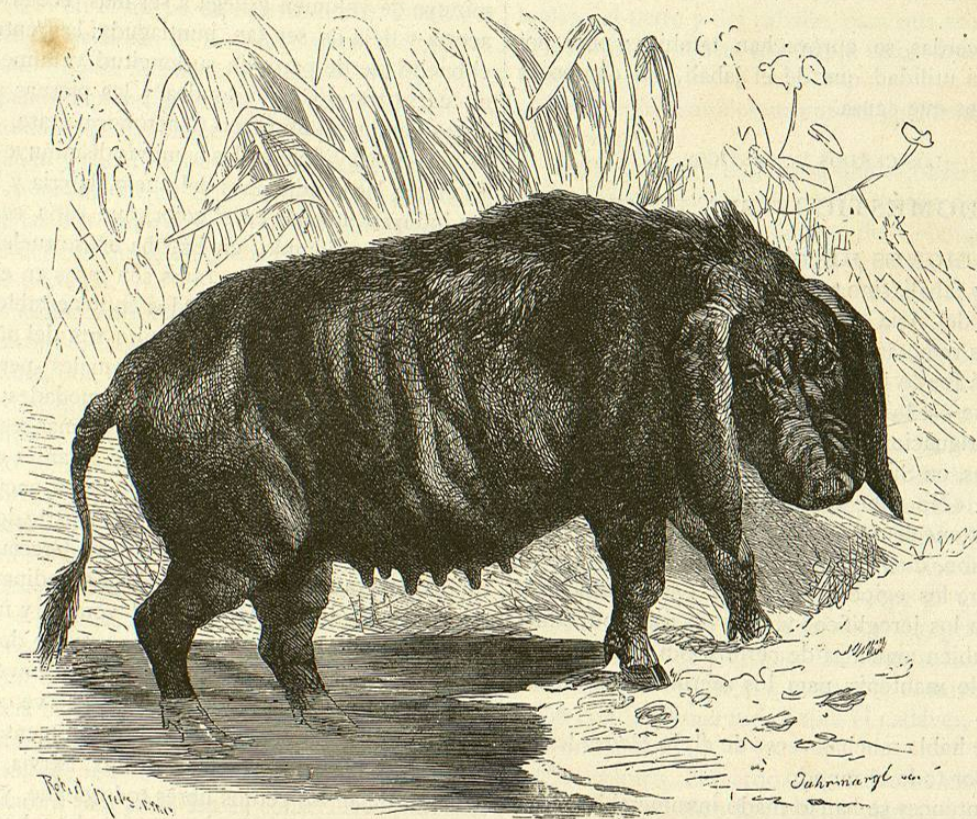


Fig. 296.—EL CERDO ENMASCARADO

pierna izquierda, doblaba un poco la rodilla derecha, y apoyado el puño del arma que tenia en la diestra, esperaba á que el animal se precipitase con ciego furor sobre el mortífero acero.

Algo parecido es, no obstante, lo que se practica aun hoy dia en casi todo el sur. Los beduinos del Sahara, y tambien los indios, cazan á caballo el jabalí y le atraviesan con sus lanzas. Si yerran el golpe, escápanse con sus briosos corceles; pero al momento vuelven á la carga y hieren al jabalí de nuevo hasta que le matan. En Egipto cazábamos el jabalí con carabinas y cuchillos de monte; si la pieza estaba en algun plantío de cañas de azúcar, no debia pensarse en perseguirla, pues hubiera sido necesario para ello destruirlo todo; pero buscábamos los sitios mas favorables, y merced á la abundancia de estos paquidermos, teníamos la seguridad de hallar la recompensa de nuestras fatigas. Paseádomos una tarde entre los cañaverales, sin que me acompañara ningun ojeador, maté cinco jabalies, y otra vez tres, en una cacería al ojeo, en medio de las praderas del Delta. En aquellos casos importábanos apuntar bien, pues si no hacíamos mas que herir á los animales, se hubieran precipitado con ciega furia sobre nosotros, y eran bastante fuertes para hacernos pagar

caro el acometerlos. Sin embargo, nunca fué preciso echar mano del cuchillo, pues los jabalies estaban á tan corta distancia, que era difícil errar el golpe. Solo una vez hirió uno de mis compañeros ligeramente al animal, y hubiera podido ocurrir un lance desagradable á no haber tenido yo la suerte de enviar una certera bala al jabalí.

Este animal se defiende valerosamente contra los perros. En otro tiempo se utilizaban unos especiales para esta caza, tan robustos como valerosos y rápidos: unos levantaban la pieza y otros la paraban; pero antes de que pudiesen coger á su enemigo por las orejas, mas de uno quedaba herido ó con el vientro abierto. Por ambas partes se desplegaba el mismo valor; mas acosado por ocho ó nueve perros, el jabalí debia sucumbir al fin. Su costumbre es guardar la espalda, apoyándose contra el tronco de un árbol ó en un jaral, y en aquella situacion distribuye colmillazos á derecha é izquierda. Los primeros perros salian mas mal parados, pero apenas mordía uno, ya no soltaba presa aunque su enemigo le arrastrase en un trecho de varios centenares de pasos. De este modo se sujetaba al jabalí hasta la llegada del cazador.

Segun Kobell, los perros se cegaban muchas veces de tal modo en la persecucion de su presa, que el cazador montado

debía procurar ante todo no ponerse entre ellos y la caza, porque á menudo lanzábanse contra el caballo, derribábanle y mordían terriblemente al cuadrúpedo y al jinete.

USOS Y PRODUCTOS.—La carne del jabalí es justamente apreciada, porque tiene tan buen sabor como la del cerdo y el gusto es mas delicado; los jabatos, sobre todo, son excelentes. La cabeza y las piernas son muy buscadas, y las salchichas que se hacen con la carne son exquisitas. A orilla de los lagos de Egipto, donde se encuentran muy numerosos los jabalies, hay carniceros europeos que se ocupan durante varios meses en la caza de estos animales, cuya carne consideran como impura los mahometanos, y allí mismo se hacen salchichas, que reportan un gran beneficio. Durante la estacion del celo no se puede comer la carne del macho.

La piel y las cerdas se aprovechan tambien; pero por grande que sea la utilidad que dé el jabalí, no compensa nunca los destrozos que causa.

2.º—LOS CERDOS DOMÉSTICOS

EL CERDO DOMÉSTICO—SUS DOMESTICUS

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS.—Parece que no solamente nuestro jabalí, sino tambien sus congéneres indios, los malayos y los del Asia oriental, fueron domesticados ya en las épocas mas remotas. Segun la opinion de Julien, viajero que conoce á fondo la China, ya en el año 4900 antes de J. C., criábanse cerdos domesticados en el celeste imperio: segun las averiguaciones de Rutimeyer, hechas en las viviendas lacustres, en Suiza, existian dos razas diferentes de esta útil especie. «No cabe duda, dice Dumichen, que el cerdo, si bien perteneciente á la categoría de los animales consagrados á Tifon, dios del mal, ha existido en estado de domesticidad entre los egipcios antiguos. Las inscripciones hablan de él, y en los jeroglíficos vemos no solo individuos aislados, sino tambien manadas de cerdos. Sin embargo, parece que solo se le mantenía para los sacrificios en ciertas fiestas del año.»

En la Biblia se habla muchas veces de él; la *Odisea* le cita como conocido por todo el mundo.

Desde aquel entonces se han formado innumerables razas, estas han cedido su puesto á otras, y aun hoy dia aparecen varias nuevas y desaparecen algunas antiguas, segun las leyes de la naturaleza, ó como lo quiere la casualidad ó el capricho del hombre. Fitzinger y Nathusius suponen que todas las razas hoy existentes pueden proceder de dos formas diferentes ó especies, de nuestro jabalí comun y de la especie del sur de Asia (*Sus cristatus*); pero esto no quiere decir que no hayan podido intervenir tambien en la produccion otras especies indias, malayas ó chinas. Por grande que sea la diferencia entre estas razas, se explica no obstante, lo mismo que la creacion y desaparicion de las formas producidas bajo la influencia del hombre, si se tienen en cuenta los cruzamientos independientes ó forzosos, y la variedad de condiciones en que viven los cerdos domésticos. Nathusius afirma que estos animales conservan aun en cautividad su trompa prolongada cuando pueden escarbar, mientras que este órgano se acorta si se obliga al cerdo á vivir en el establo. Este solo ejemplo demuestra cuán fácil es cambiar los caracteres principales de un animal tratándole de un modo determinado. Véanse la importancia y los efectos de los cruzamientos verificados bajo una direccion bien entendida, y fácil será explicarse la circunstancia de que hoy poseamos cerdos domésticos que se distinguen esencialmente de su especie primitiva. Todas las razas ahora preferidas y admiradas son productos del hombre: el cerdo de Berkshire, con sus formas recogidas; el

cerdo de Harrison, con su abultado vientre; el cerdo enano, con sus movimientos vivaces, y tambien el cerdo enmascarado (fig. 296), son productos artificiales del capricho japonés. Sin detenernos en la descripción de estas y otras razas, dirigiremos solo una rápida ojeada á la manera de ser de este animal.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Hoy día se encuentra el cerdo en la mayor parte del globo. En el norte vive como animal doméstico hasta allí donde se practica el cultivo y mas en libertad en los países meridionales. En rigor no le convienen sino las regiones pantanosas, y por eso cambian sus caracteres cuando se le sube á las montañas. Cuanto mas elevada se halla la region en que vive, tanto mas adquiere el tipo de los animales montañoses. El tronco disminuye de volumen y llega á ser mas recogido; la cabeza se acorta y deja de ser tan puntiaguda; la frente se ensancha, el cuello pierde parte de su longitud y aumenta en grueso; el cuarto trasero se redondea y las piernas se robustecen. Estos cerdos montañoses tienen poca grasa, pero su carne es mas tierna y fina: en las hembras disminuye la fecundidad. El clima, las condiciones del suelo, la cria y los cruzamientos influyen además en el color, que varia segun las regiones. Así, por ejemplo, en España no se suelen ver sino cerdos negros, mientras que estos son raros en el norte.

CRÍA.—Se ceban los cerdos en los establos, ó bien se les deja en libertad durante una gran parte del año: en el primer caso crecen y engordan mas los animales; pero tambien son mas endebles y están sujetos á enfermedades; en el segundo engordan menos, son mas altos de piernas, están dotados de mayor fuerza y son mas valerosos y amantes de su independencia. No es solo en América donde se encuentran cerdos errantes; tambien los hay en la mayor parte de las provincias rusas, en los Principados Danubianos, Grecia, Italia, el mediodía de Francia y en España. En Escandinavia vagan libremente los cerdos durante todo el verano, y no se toma mas precaucion que la de ponerles una especie de collar de madera, con lo cual se evita que penetren á través de los cercados. Cuando se viaja por Noruega, se les ve correr tranquilamente por los caminos, buscando su alimento. En el sur de Hungría, Croacia, Eslovenia, Bosnia, Servia, Turquía y España, se dejan los cerdos libres todo el año, y solo se cuidan de que no se escapen. Permanecen en las selvas, y encuentran sobre todo en los encinares abundante alimento. En España se les ve á bastante altitud: en la Sierra Nevada, por ejemplo, suben hasta los 2,600 metros sobre el nivel del mar, y la libertad desarrolla todas sus cualidades físicas é intelectuales. Son rápidos en la carrera, trepan muy bien, y velan ellos mismos por su seguridad. Al trazar la historia del lobo hemos hablado ya de su valor.

Se ha creído equivocadamente que la suciedad era una condicion esencial para los cerdos; y poseídos de esta preocupacion, muchos propietarios han establecido para sus animales, cerca del establo, un estercolero donde se echan todas las inmundicias. No obstante, recientes experimentos han demostrado que cuando se conserva el cerdo con limpieza, prospera mejor y mas pronto que en medio de la porquería. Hé aquí por qué los ganaderos inteligentes no encierran ya los cerdos en esas hediondas prisiones que se llaman pocilgas, sino que los ponen, por el contrario, en vastos establos, bien aireados, fáciles de limpiar, y cuyo piso conviene cubrir con grandes losas de piedra. De este modo obtienen individuos mas fuertes y sanos.

El cerdo doméstico ofrece muchas analogías con las especies salvajes de que desciende: es gloton, desobediente, torpe y no manifiesta mucho afecto al hombre.

Hay, sin embargo, excepciones: los cerdos que han vivido

mas tiempo en la sociedad del hombre que en el aislamiento, han tenido ocasion de dar á conocer sus facultades intelectuales, mostrándose mas inteligentes que el resto de sus semejantes. Un guarda-bosque me contó que tuvo durante cierto tiempo un cerdo de la raza china, el cual le seguía como un perro, contestaba al llamarle por su nombre, subía las escaleras, andaba con mucho cuidado por las habitaciones y hacia otras mil habilidades. Estaba enseñado á buscar setas en el bosque, y manifestaba mucha actividad en este trabajo; podía sostenerse derecho algunos instantes, y agachábase al decirle: «ven aquí para que te mate.»

Cuando Luis XI estaba enfermo, sus cortesanos apelaban á todos los medios posibles para disipar su melancolía, sin que la mayor parte de sus tentativas dieran resultado; pero un quidam halló al fin el medio de divertir al rey. Ocurrióle la idea de hacer bailar al son de la gaita á unos cochinitos, á los cuales vistió de piés á cabeza, poniéndoles ricos trajes, sombreros, espadas, bandas, y todo el equipo, en fin, de las personas de calidad. Admirablemente adiestrados, aquellos animalitos saltaban y bailaban á una señal; hacían cortesías y toda clase de monadas, menos tenerse derechos: apenas se apoyaban sobre las dos patas posteriores, volvían á caer gruñendo, y todos dejaron oír sonidos tan grotescos, que el rey no pudo menos de reirse.

Otros cerdos adiestrados se ha visto en la feria de San German y en el teatro de Astley, en Paris: en Londres se enseñó tambien uno sabio, que habia aprendido á leer: extendíanle dos alfabetos en el suelo; se rogaba á uno de los espectadores que pronunciara un nombre; el dueño del animal lo repetía, y el cerdo tomaba en seguida con los dientes las letras necesarias, colocándolas como debia. Tambien sabia indicar la hora que marcaba un reloj.

En Inglaterra se llegó hasta el punto de adiestrar á un cerdo para la caza, y segun Wood, prestaba excelentes servicios; *Stud*, así se llamaba, era muy aficionado á cazar, y seguía á cualquiera que llevase una escopeta. Se le podía utilizar para perseguir á todos los animales, excepto la liebre, de la cual no parecia hacer caso. Conducíase muy bien con los perros; pero estos se sentían tan humillados por tener semejante compañero, que rehusaban trabajar cuando *Stud* era el primero en descubrir una pista. En su consecuencia fué necesario salir solo con él: tenia un olfato tan fino, que reconocía la presencia de un pájaro á una distancia de mas de 20 metros, y cuando este volaba, *Stud* iba al sitio de donde habia partido y escarbaba la tierra para indicar bien al cazador donde se hallaba. Si se alejaba el pájaro andando, seguía *Stud* lentamente y le paraba, como lo hacen los perros de muestra. Utilizóse este cerdo algunos años; pero fué preciso matarle, porque no podía sufrir á los carneros y los espantaba terriblemente.

Se han adiestrado tambien cerdos para tirar de los coches: un campesino de los alrededores de San Albano solia llegar á la ciudad en un vehículo arrastrado por cuatro cerdos; daba una ó dos vueltas por el mercado; forrajeara á sus animales, y algunas horas despues, hallábase ya en su casa.

Otro campesino apostó á que iría desde su vivienda á Norfolk, distante cuatro millas, en el espacio de una hora, y montado sobre su cerdo: aceptaron el reto y el hombre ganó su apuesta.

Estos hechos prueban que el cerdo es susceptible de aprender.

Hensel tiene sin duda razon, cuando dice que las facultades de este animal doméstico se aprecian demasiado poco por falta de observacion; pero tambien es cierto que dicho autor exagera al considerar la inteligencia del cerdo como superior á la del caballo. No obstante, es digno de citarse en

este lugar un argumento admitido por él en pro de su aserto. «Los campesinos de un pueblo, dice, tenían un macho de cria comun, que estaba alojado en casa de uno de ellos. Este macho experimentaba á veces deseos de visitar las hembras de su pueblo, sobre todo cuando habia echado de menos á una de ellas mucho tiempo; entonces emprendía la marcha para recorrer los cortijos; dirigíase rápidamente á los establos y se paraba delante de ellos; levantando la cabeza cogía con los dientes la cuña, que cierra regularmente las dos puertas, las cuales abría para que pudiesen salir las hembras.» Estoy en un todo conforme con Hensel en lo de que nunca podría apreciarse lo bastante cada rasgo de inteligencia del cerdo doméstico, tan descuidado en general; pero recuerdo demasiado los hechos que se conocen sobre las facultades intelectuales del perro y del caballo, para que se me pueda imputar una sentencia injusta respecto á estos últimos animales domésticos.

Los cerdos manifiestan una repugnancia invencible hácia los perros.

Todos comen, á la manera que se observa en los salvajes, los restos putrefactos; excepcion hecha de los de aquellos. «En el parque de los cerdos de Coburgo, dice Lenz, se echan con frecuencia caballos muertos y los devoran estos animales con avidez; pero si se les da un perro, ninguno lo toca.»

Muchos rebaños de cerdos húngaros están guardados por los pastores, pero sin perros, por la sencilla razon de que desgarran á todo aquel que á ellos se acerca. En 1848, uno de mis parientes, que se hallaba en Pusta Alsó Bensyo, propiedad del baron Sina, cerca de Erczin, tenia un perro de que deseaba desembarazarse, aunque no queria matarle por su mano. El porquero se encargó de ello: ató fuertemente al animal y le condujo al sitio donde estaba su rebaño: los cerdos se precipitaron sobre él gruñendo; derribáronle, le mordieron y le mataron al fin; pero ninguno comió un solo pedazo de su carne. Entonces se les alejó de allí; una hora despues volvieron á pasar por el mismo sitio, y se lanzaron con la misma furia sobre el cadáver, mas tampoco comieron de él.»

En resumen, el cerdo doméstico es un omnívoro: come casi de todo, si bien hay ciertas plantas á las cuales no toca, y algunas raíces tóxicas que pueden envenenarle. Fuera de esto, se alimenta de todo lo que come el hombre y de otras muchas cosas mas; su régimen es lo mismo vegetal que animal. Presta muy buen servicio en las tierras de barbecho y donde hay rastrojo, pues allí extermina á los pequeños roedores, los gusanos blancos, las limazas, las lombrices de tierra, las langostas y las crisálidas; y al mismo tiempo que engorda, labra la tierra.

A la par que se procura que no anden los cerdos que se ceban, es preciso dejar mucho espacio á los que se destinan á la reproduccion, cuidando de que los establos estén abrigados y limpios. El apareamiento suele verificarse dos veces al año, en abril y setiembre: despues de una gestacion de 16 á 18 semanas, ó de 115 á 118 dias, la marrana pare de cuatro á seis hijuelos; algunas veces de doce á quince, y en casos excepcionales de veinte á veinticuatro. Sucede á menudo, que cuando su progenie es numerosa y le molesta, se come algunos cochinitos, comunmente despues de haberlos aplastado. Es necesario vigilar de cerca y privar de todo alimento animal á ciertas marranas, antes de que den á luz su progenie. Se deja á los hijuelos mamar durante cuatro semanas; se les separa despues de la madre y se les da un ligero alimento. Crecen muy pronto; y á los ocho meses son aptos ya para reproducirse.

USOS Y PRODUCTOS.—No habrá necesidad de ha-